QUIETUD Y EXTASIS EN LA POESIA DE ANTONIO MACHADO

Jorge A. Camacho R.

Antonio Machado es un "poeta del tiempo". Así se confiesa él mismo en *Los complementarios* y en el "Arte poética" de Juan de Mairena.

Quería Machado para el poema "el tiempo vital del poeta con su propia vibración", el tiempo auténtico, y el poema que no aprehendiera ese especial contenido estaría más cerca de la lógica que de la lírica, según sus propias palabras. Sin embargo, dice, el poeta pretende "intemporalizar" o "eternizar" (así, "con toda pompa") ese instante vital. Paradójicamente entonces, el poema, portador de una intuición temporal desde luego, sin desvirtuar la esencia de su contenido nos lo ofrece atemporal, "eternizado".

En Machado sin embargo la "eternización" de instantes vividos tiene, además de la fijación atemporal que supone el poema, algunos delicados matices de fondo, en nuestro criterio, de gran lirismo. Por ejemplo cuando ese tiempo vital del poeta se detiene (parece detenerse) instantáneamente en sus poemas.

Machado es un "poeta del tiempo" en quien, sin embargo, el tiempo casi no corre; es lento, monótono. Con extraordinaria facilidad encontramos en él expresiones semejantes a la siguiente: "Fue una tarde lenta del lento verano" (VI). Y paralela a esa lentitud va el curso, el "cuerpo" mismo de su poesía. (Véase "Tempo lento en A. Machado", de Gerardo Diego) (1).

La monotonía, tan machadiana, es casi un no pasar, la anulación del tiempo. El tiempo es sucesión de cosas cambiantes y la monotonía, al contrario, es repetición. En Machado, las fuentes y el agua en general, como señala R. de Zubiría (2), son el símbolo predilecto del fluir inexorable del tiempo. Y estas aguas corrientes cantan a menudo la temporalidad que se eterniza en la repetición:

"Dice la monotonía
del agua clara al caer:
un día es como otro día;
hoy es lo mismo que ayer".

(LV, Hastío)

La visión de quietud con que el poeta ha sentido el movimiento regular del agua se expresa a través de su obra con frecuencia:

---

(1) Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, 1949. Números 11-12, páginas 421-426.

(2) R. de Zubiría. *La Poesía de Antonio Machado.* Madrid, Gredos, 1966. Páginas 33 a 42.

"Yo escucho los cantos
de viejas cadencias
que los niños cantan
cuando en coro juegan,
y vierten en coro
sus almas que sueñan,
cual vierten sus aguas
las fuentes de piedra:
con monotonías
de risas eternas".

(LIII - de Soledades)

"La fuente de piedra
vertía *su eterno*
cristal de leyenda".

(Ibid.)

Y como el agua de las fuentes, las norias, las cigarras, la lluvia, el reloj, etc., repiten la inexorabilidad del tiempo que se "intemporaliza" en la intuición del poeta.

"Dentro de un olmo sonaba la sempiterna tijera
de la cigarra cantora, el monorritmo jovial".
(XIII - Soledades)

"Soñaban los cangilones de la noria soñolienta.
Bajo las ramas oscuras caer el agua se oía".
(LIII - Soledades)

"Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de la lluvia en los cristales".
(V - Soledades)

"Tic - tic, tic - tic . . . ya pasó
un día como otro día,
dice la monotonía
del reló".
(CXXVIII - Poema de un día - Meditaciones rurales).

Hay otro factor en la poesía de Machado que sustrae las cosas del tiempo y las envuelve en una especial atmósfera de quietud. Es el "sueño". Y ese hálito momentáneo de quietud "eterna" (deseamos que se nos entienda esta expresión en el sentido menos retórico) que comunica el poema, es un motivo poético de gran valor en toda su obra.

El sueño (se sobrentiende el sueño vigilante, el "insomne sueño mío" (CXXVII que él decía) es quizá la dimensión más importante del espíritu del poeta, "la única forma posible de conocimiento", en la opinión de Ramón de Zubiría (3). Esta dimensión espiritual se vierte, como hemos dicho, sobre los objetos, tocándolos de una especial irrealidad y encantamiento que los coloca fuera del tiempo. Las cosas sueñan un extraño sueño interno:

---

(3) Ibid. Página 65.

"una pálida rama polvorienta
sobre el encanto de la fuente limpia,
y allá en el fondo sueñan
los frutos de oro . . ."

(VII - Soledades)

"Para alcanzar los frutos encantados
que hoy en el fondo de la fuente sueñan".

(Ibid.)

"Campos de Soria
donde parece que las rocas sueñan".

(CXIII)

"Fuente verdinosa
donde el agua sueña,
donde el agua muda
resbala en la piedra! . . ."

(XIX)

Es muy posible que esta "somnolencia" en la poesía de Machado sea el resultado de una acción recíproca: no sólo el espíritu actúa vertiéndola sobre las cosas: también él la ha bebido en esos pueblos y paisajes (plazas, fuentes, glorietas, alcores, caminillos, roquedos, olivares, encinares, tierras cárdenas, grises, muertas) de la Castilla desértica que parecen dormir un sueño de piedra, de siglos y de fantasmal luminosidad. La mejor parte de la obra de Machado es toda una fusión imperceptible y profunda de un paisaje y un espíritu hermanos. Recuérdese el poema "Horizonte" que es uno de los que más expresamente ofrecen esta mutua penetración:

"Es una tarde clara y amplia como el hastío,
cuando su lanza blande el tórrido verano,
copiaban el fantasma de un sueño grave mío
mil sombras en teoría, enhiestas sobre el llano".

(XVII)

Y el poema Campos de Soria que expresa la acción contraria, es decir, la interiorización del paisaje en el espíritu:

Campos de Soria . . . . .
. . . . . .
me habéis llegado al alma
¿o acaso estabais en el fondo de ella?

(CXIII)

Pero es principalmente en su galería de tardes quietas en donde la comunión de alma y paisaje alcanzan una quietud mística, la superación de la temporalidad. Veamos un caso muy significativo que ofrece el poema XXXII. Lo transcribimos:

"Las ascuas de un crepúsculo morado
detrás del negro cipresal humean . . .
En la glorieta en sombra está la fuente
con su alado y desnudo Amor de piedra,
que sueña mudo. En la marmórea taza
reposa el agua muerta".

(XXIII)

Es de advertir que este poema ha sido también analizado e interpretado por Carlos Bousoño (4), quien le da un sentido fundamentalmente fúnebre, el cual, juzgamos nosotros, está determinado por el movimiento y el simbolismo que hay en los dos primeros versos (5). En los cuatro últimos, al contrario, la quietud es completa. El movimiento ya no existe en ellos. Lo quieto, lo muerto, entonces, adquiere plenitud de perfección y, a la vez, de plácida inconsciencia (la ausencia completa del tiempo "interno y vivido" de Machado):

"En la glorieta en sombra está la fuente
con su alado y desnudo Amor de piedra,
que sueña mudo. En la marmórea taza
reposa el agua muerta".

Con sólo leerlo sentimos indudable su mensaje de quietud, pero si nos acercamos en un breve análisis veremos cómo sus elementos producen la emoción. Los verbos "está", "sueña", "reposa", cuyos significados son evidentes, están además debilitados temporalmente por la presencia (son el "presente de indicativo"), es decir, por la "existencia" del objeto real que se impone. Estos verbos no señalan un "momento presente" del objeto, sino más bien la existencia continuada del objeto con sus características. El verbo "sueña", a su vez, abstrae de lo temporal al soñador (que por lo demás es "de piedra": perennidad e inconsciencia) y lo sumerge en una encantada atmósfera de quietud que refuerzan los adjetivos "alado" y "mudo", principalmente. La taza de mármol aporta notas también de quietud, de inconsciencia, de perennidad. Finalmente, el agua que, como hemos dicho, es símbolo corriente en Machado de la temporalidad se aquieta aquí enormemente: su propio significado ("agua muerta") se intensifica por la reiteración de significados semejantes que se encadenan en el poema y recaen finalmente en ella. La penumbra del instante, por lo demás, pone un hálito de ensueño y encantamiento sobre los objetos quietos. Y aun podemos justificar esta quietud en el lado de los "significantes", que llama Saussure. La rima única del poema (asonante en e - a), que inclusive se repite interiormente en los versos arrímicos ("glorieta", "sueña"), es un eco monótono que aquieta la expresión (recuérdese lo que hemos dicho del sentido aquietador de la monotonía). Esta rima lógicamente va a contribuir, por intensificación, en el señalamiento expresivo del final "agua muerta", que en tal forma va a condensar, insistimos, la significación del poema: quietud. E inclusive la repetición aquietadora la encontramos en el ritmo yámbico del verso final que, junto a la gravedad distensiva, infunde a su significado, de absoluta inamovilidad, una refrenada lentitud:

Re - pó - sa el - á - gua - muér - ta.

Ofrecemos a continuación, otros casos más en que las tardes despiertan la especial emoción al poeta sevillano:

---

(4) *Teoría de la expresión poética,* Madrid, Gredos, cuarta edición. Cap. VII. El símbolo, págs. 139 a 181.

(5) Dice Bousoño que el poema comunica una emoción fúnebre, de acabamiento, de cansancio y de muerte. Explica que la reiteración de "signos de sugestión", como él los llama, ("ascuas", "crepúsculo", "morado", "cipresal", "negro", "sombra", etc.) cuyos significados se vuelcan sobre la expresión final "agua muerta" le infunden a esta un especial simbolismo: el de la muerte. Para nosotros los signos que determinan ese sentido están en los dos primeros versos: "ascuas", "crepúsculo", "morado", "negro", "cipresal", complementados por el único verbo de movimiento y de vida, en cierta forma: "humean". Esta presencia vital en las cercanías de su extinción ("crepúsculo", "ascuas", "humean") es lo que produce el sentido fúnebre. La muerte sólo es triste en cuanto tenga alguna referencia a la vida.

"—La tarde cayendo está—
. . . . . .
y todo el campo un momento
se queda, mudo y sombrío,
meditando . . . . . ."

(XI)

"Tarde tranquila, casi
con placidez de alma".

(LXXIV)

". . . . La hora
de una ilusión se acerca . . .
La tarde se ha dormido
y las campanas sueñan".

(XXV)

Y veamos finalmente cómo la visión mística de esta quietud prorrumpe a veces en emocionada exclamación. El alma y el paisaje, fundidos, se detienen en un instante de inefable placidez, como en éxtasis. Es la placidez de lo atemporal:

"¡Oh tarde luminosa!
El aire está encantado".

(LXXXI)

"¡Oh tarde viva y quieta
que opuso al panta rhei su nada corre,
tarde niña que amaba tu poeta!"

(CLXXIII)

Ese "nada corre", la oposición absoluta al "panta rhei", al "todo fluye" heracliteano, en una tarde que aúna extrañamente la vida y la quietud, resume la especial emoción que Machado proyecta y fija sobre las cosas.